

JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS

TEXTOS PICANTES Y AMENOS

Edición y estudio de ARTURO MARTÍN VEGA

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Cultura y Bienestar Social
1991

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	11
CRITERIO DE LA PRESENTE EDICIÓN	17
ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA	19
TEXTOS:	
I. «El uno para el otro»	25
II. «La Nava del Rey »	35
III. «El trueno gordo de Tembleque»	63
IV. «Carta de la esposa de un jugador de ajedrez»	67
V. «El Senador»	75
VI. «Un nacional fusilado»	83
VII. «Cuentos divertidos»	111
VIII. <i>Los políticos en camisa</i> : «don Alejandro Mon y don Pedro José Pidal»	129
IX. <i>Crítica literaria</i> : «don Francisco Martínez de la Rosa» .	141
X. «Prólogo, índice parcial y capítulo final» del <i>Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez</i>	169
APÉNDICE	181
XI. «Farsa burlesca del Padre Villergas» (por Wenceslao Ayguals de Izco)	183

POESÍA	193
XII. «Preliminares»	197
XIII. «Dedicatorias»	201
XIV. «Poemas pseudo-autobiográficos y epistolares»	207
XV. «Epigramas»	247
XVI. «Romances burlescos»	263
XVIII. «Letrillas y varios»	303
 BOSQUEJO BIO-BIBLIOGRÁFICO Y CRÍTICO DE JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS Y SU ÉPOCA	 313

INTRODUCCIÓN

La ajetreada vida del siglo pasado propició acontecimientos estrambóticos. Nobles convertidos en burgueses de la noche de la mañana, liberales trocados en conservadores según la oportunidad, o condenados a muerte por gritar «Viva la Constitución», son ejemplos ilustrativos de su irregular y sorprendente desarrollo.

Parece época de contrastes: mientras algunos especuladores lograron atesorar, en poco tiempo, más riquezas que la familia real, el salario de un campesino andaluz, en 1850, era de dos reales diarios. La moderada dinastía borbónica durante una buena temporada se apoyó —contra su voluntad— en los liberales para asegurar el régimen monárquico, pero, a la vez, en supuesto detrimento de sus intereses, no mostró tampoco una firme actitud bélica contra la insurrecta minoría carlista, con la cual podía establecer futuras alianzas ante procesos revolucionarios que constantemente la ponían en peligro.

A pesar de las justas intenciones de los progresistas, la mayor parte de ellos pronto se arrepintió de sus atrevidos proyectos. La manipulación de los resultados electorales fue moneda corriente, principalmente en tiempos de Narváez, aunque no hubiera sido muy necesaria, dado que el sufragio censatario apenas permitía votar al 3% de la población —que no eran precisamente los más pobres—.

Políticos y militares fueron un matrimonio tan unido que, sin exagerar demasiado, gran parte del cambio de los collares lo constituían los

Pronunciamientos castrenses de individuos que aún hablaban con dificultad: los liberales confraternizaban, en general, con mandos intermedios, y los moderados con los de rango superior. En fin: un ejército dividido desde la guerra de la Independencia, en el que algunas personas sin estudios oficiales habían ascendido al generalato.

La Iglesia no fue la única institución perjudicada por las desamortizaciones, que fueron necesarias, en un primer momento, para evitar la bancarrota del país, y más tarde para financiar la red de ferrocarriles. No obstante recibió muchos perjuicios; no solo de índole patrimonial, también se produjeron matanzas indiscriminadas de religiosos por grupos de las clases populares urbanas.

La producción económica creció rápidamente, pero, salida del anterior sistema casi feudal, no supo adaptarse a las necesidades que se avecinaban. Las reformas agrarias, al ir desacompañadas respecto a las reformas industriales, fracasaron. A partir de 1865 comenzaron a sentirse los primeros síntomas de un paro acuciante.

Las diferencias regionales, en cualquier caso, fueron notorias: frente al relativo bienestar vasco-catalán, se encontraba la emigración gallega, el campesinado castellano-leonés y extremeño, o el obrerismo andaluz, auténtico matadero humano.

Para sumar desgracias, pueden mencionarse, entre otras, las guerras de Africa y del Pacífico; al parecer inexistentes o beneficiosas, en vista de la despreocupada actitud política. Cuando a cierta personalidad de nuestro siglo se le comentó el gasto que ocasionaba la primera, respondió, según rumores: «¡Cómo ha subido la carne de gallina!». «Si no tuviéramos en cuenta —opina un grupo de historiadores actuales, refiriéndose a fines del pasado siglo— que una política minoritaria, separada del país, era la que gobernaba, tendríamos que estar de acuerdo en que España era la monarquía más democrática de Europa, con su ley de asociación, el juicio por jurado y el sufragio universal».

Dentro de este escenario tragi-cómico, descrito a grandes rasgos, y por consiguiente susceptible de errores también generales, transcurrió la vida y obra de Juan Martínez Villergas, el mejor epigramista, el satírico más agresivo y uno de los sobresalientes escritores burlescos del siglo anterior. Hoy se le olvida injustamente, pero en su época fue una persona muy popular, tanto por sus virulentas críticas al corrupto sistema social, como por la honradez que le caracterizó hasta el fin de sus días.

Nació en Gomeznarro, pueblecito de la provincia de Valladolid, próximo a Medina del Campo, donde deambulan tantas abubillas, cerrigales y picorrolinches como habitantes.

Su familia, de espíritu patriótico, fue duramente reprimida por El Deseado. Este castigo condicionó la permanente antipatía monárquica de nuestro poeta.

Sin recursos ni estudios oficiales, tuvo que abrirse paso por sí mismo en Madrid, donde tempranamente comenzó a manifestar su opinión acerca de la Justicia con unos versos que atacaban a los funcionarios, y que le costaron el empleo.

Poco más tarde se apuntó, como voluntario sin sueldo, a la milicia nacional —suprimida en diversas ocasiones—; y ya, hacia 1840, vemos aparecer sus primeros textos. En este año se afilia al minoritario Partido Republicano, admirable por su persistente constancia y pataleo las más de las veces.

Hasta 1842 no cuajó Villergas en los ambientes literarios como miembro de grupos radicales afines por ideología. Decisiva fue su amistad, por ejemplo, con Wenceslao Ayguals de Izco para introducirse en el mundo periodístico.

Desde entonces continuó sus proyectos literarios, a la vez que fundaba diversos periódicos —él solo acostumbraba muchas veces a redactar y diseñar estas publicaciones—. Trabajó la mayor parte del tiempo en Madrid, pero también, condicionado por las circunstancias, en París y La Habana.

Llegó a ser diputado de las Cortes en dos legislaturas —a pesar de las trampas que hicieron en el recuento de votos—, fenómeno harto común entonces ya que los escritores más conocidos del siglo XIX, salvo raros casos, ocuparon altos cargos políticos en su mayoría, o estuvieron directamente mediatizados por la política. Esta extraña compatibilidad vocacional explica, en parte, el carácter literario de la época.

En sus últimos años, más reflexivo y menos temperamental, aunque no lo admitiera públicamente, dejó notar su conformidad con los Borbones y con un sistema absolutista que tratara de poner un poco en orden las cosas. En este sentido coincidía con Nombela: «Cada país tiene, como cada individuo, un modo de ser especial, y además el gobierno que merece. Monarquía o República son el sumando de los elementos vitales de una nación. La Monarquía es el gobierno necesario de los pue-

blos ignorantes, ineducados, perezosos, destinados a obedecer. La República, el de los pueblos activos, vigorosos, ilustrados, justos y cristianamente liberales. España no podía ser entonces gobernada por una República. Solo los hombres que saben gobernarse a sí mismos pueden ser buenos republicanos».

En el aspecto literario, existe una gran laguna de estudios sobre la obra de este genial vallisoletano. Una parte de su producción permanece aún escondida y desperdigada en las hemerotecas. Por otro lado, los análisis textuales deben superar las bases críticas que admirablemente dejó sentadas don Narciso Alonso Cortés.

Para un escritor primordialmente cerebral como Villergas, el teatro y la novela son los géneros poéticos menos apropiados, debido a los sentimientos humanos que los personajes necesitan mostrar; no obstante, la segunda, a mi juicio, merece una detenida revisión, porque las revesadas tramas, que ofrecen los textos, obligan a una nueva interpretación, desde la perspectiva argumental, que descarte la torpeza técnica a que alude Alonso Cortés. Sería lo mismo que afirmar: «el *Quijote*, por abarcar una numerosa variedad temática, es una novela bufa».

En la novelística de Villergas se advierten, por una parte, aspectos revolucionarios para su momento; algunos en consonancia con la época, como la mezcla de historia y fábula, o la alternancia de consideraciones éticas con elementos estéticos; novelas que pueden denominarse «impuras». Por otra parte, su proceso creativo parece más el resultado de una aventura que el fruto de la reflexión.

Su teatro ofrece menor interés. Esto es cierto. Pero también es preciso recordar, aunque no valga de pretexto, que el teatro decimonónico, globalmente, no pasa de una grandilocuencia de contenidos insustanciales, así como de unas formas anquilosadas en el pasado, como el teatro poético.

Más importancia revisten, en cambio, la prosa crítica y las narraciones cortas, donde Villergas derrocha imaginación e ingenio en abundancia. Aquí radica, posiblemente, la parte más representativa de su obra.

Como crítico literario, obtuvo indudables aciertos, aunque en ocasiones actuó mediatizado por enemistades personales. En todo caso, su metodología se asentó en dos principios elementales: los contenidos han de ser relevantes, congruentes y sensatos, salvo que exista doble intencionalidad; y deben expresarse de la forma más bella posible. Al parecer, el Romanticismo español olvidó a menudo el primer precepto.

En cuanto autor de artículos y relatos cortos, manifestó un claro dominio del lenguaje, pese a que ocasionalmente descuidara las formas: la soltura expresiva alguna vez, aunque rara, contradice la gramática. Las críticas burlescas, los cuentos, las anécdotas revientan de ironía; su cariz festivo entusiasmaba al público. Con toda seguridad Villergas pudo haber aprovechado la ocasión para reunir una cuantiosa fortuna, pero su idealismo, junto con los enormes gastos de los desplazamientos, que a menudo realizaba, se lo impidieron.

La poesía, en general, tiene un inconfundible carácter popular y satírico, pero adolece de un marcado prosaísmo y resulta, en definitiva, una continuación de la prosa. El propio vate expresó sin remilgos que escribía en verso porque se aburría de hacerlo en prosa. La veta lírica no es, por consiguiente, la más encomiable.

En cambio, como poeta epigramático, adquiere unos inequívocos méritos literarios. El historiador Juan Ortega Rubio, aunque exagere un poco, dice de Villergas: «en esta forma de sátira que se llama epigrama es superior al latino Marcial».

Lo que en todo caso parece cierto es que sus versos tienen tal desenfado y gracia que incluso debían divertir a las mismas personas que ridiculizaba. De hecho, a pesar de sus atrevidos ataques a los próceres del país, si exceptuamos a Narváez, no tuvo que responder a denuncias; e incluso Narváez pagó, por gusto, de su bolsillo, la multa impuesta a Villergas por haberle ofendido, previo vergonzoso arrepentimiento de éste.

Finalmente, me interesa destacar la especial afinidad existente en algunos de sus poemas con el Modernismo; influencia, ya señalada, de ciertos escritores festivos en las renovaciones métricas. El lector puede advertir esta notable similitud tanto desde el punto de vista rítmico como fonético, morfosintáctico y léxico.

Con el objeto de desagrarle, romper el mutismo al que se ha sometido a Juan Martínez Villergas es un deber que ahora me permite la Junta de Castilla-León, y singularmente el interés que ha tomado Agustín García Simón. Espero que próximamente sea objeto de estudios más amplios.

Agradezco a mi maestro y amigo Juan Renales la gran ayuda que me ha concedido.

A.M.